

Reseña de Libros

LA HUMANIDAD EN LA ENCRUCIJADA, M. Mesarovic-E. Pestel, Fondo de Cultura Económica, Colección Popular, México, 1975.

Anclado en preocupaciones similares a las que permearon el esquema Forrester-Meadows sobre los "límites del crecimiento", ve luz este segundo informe del Club de Roma, preparado por M. Mesarovic, Director del Centro de Investigaciones de Sistemas en la Universidad Case Western en Cleveland, Ohio (EUA), y E. Pestel, profesor de ingeniería en la Universidad de Hannover (Alemania Occidental). En ambos casos el mensaje es análogo: "el mundo, por finito, establece barreras incommovibles a la expansión indefinida del crecimiento industrial"; pero en esta obra se advierten rasgos particulares que conviene poner en relieve.

Veamos, primero, los *supuestos* del modelo Mesarovic-Pestel. Se postula que los diagnósticos excesivamente agregados presentan varias deficiencias: no tienen presente la diversidad de circunstancias y situaciones; inclinan a interpretaciones mecanicistas, y sus facultades persuasivas son limitadas. Por estas consideraciones, los autores prefieren un enfoque sistémico-regional, vale decir, captan las interrelaciones de la problemática mundial pero en un contexto de diez grandes zonas, que presentan niveles desiguales de desarro-

llo. Las crisis revelarán signos y consecuencias disímiles, en cada una de estas regiones. De aquí el segundo supuesto: las catástrofes no ocurrirán simultáneamente en el globo. Cada zona tiene puntos de ruptura singulares. La insuficiencia de alimentos, por ejemplo, es un fenómeno relativamente más grave en el sudeste asiático que en los Estados Unidos; lo mismo podría decirse del desempleo y subempleo en América Latina en relación a la Unión Soviética. Por supuesto, las tensiones están entre sí; conmueven el mundo entero, ya convertido en un enorme sistema cibernético. Pero la capacidad de acción y de reacción depende de los grados de desarrollo ya alcanzados y de la índole de la crisis.

Aparte de precisar la localización probable de los problemas, la regionalización tiene otra virtud: permite redefinir el crecimiento en términos selectivos. No se trata aquí de contener el crecimiento a ultranza, a *fin* de obtener el "equilibrio global". Esta sería la meta en el muy largo plazo. Aún hay tiempo para poner en marcha un "crecimiento orgánico", diferenciado, que estimule a la vez la expansión de regiones deprimidas y el retraimiento de las más avanzadas. Por un lado,

este crecimiento facilitaría la reducción de las brechas que separan a los países, brechas que se dilatarán significativamente si no se alteran las pautas de crecimiento hoy aceptadas; por el otro, llevaría a diluir las suspicacias de países subdesarrollados que temen que cualquier programación de largo plazo de la marcha de la humanidad involucre el congelamiento de las presentes disparidades.

La cuarta premisa de los autores es que la postergación de decisiones en torno al crecimiento orgánico entrañará costos desmesurados. El presente actúa en contra del futuro, y la pasividad es una invitación al desastre.

Examinaremos ahora las *tesis*. Pestel-Mesarovic hacen hincapié en el carácter estructural de las crisis que hoy se presentan. La expansión poblacional, la insuficiencia de alimentos, el problema de la energía, las disparidades entre países, la contaminación, el desempleo y la carrera armamentista: éstos no son signos transitorios en la constelación humana. Ponen en tela de juicio la viabilidad de cualquier patrón de convivencia. Para demostrar el aserto, los autores incluyen en la obra estudios monográficos sobre cada uno de estos problemas.

Por otra parte, se insiste en que los efectos de estas crisis se experimentan, con algunos rezagos, en todo el sistema mundial, como resultado de las interdependencias que singularizan la sociedad contemporánea. Si ello es así —y aquí viene la tercera tesis— se requiere un régimen global de asignación de recursos que tengan presentes tanto la estabilidad apetecida en el largo plazo como el rezago de los países económicamente débiles. Papel señalado tendría

en este contexto la cooperación internacional, que debería revestir, empero, un estilo muy distinto al presente.

¿Cuáles son las implicaciones de este planteamiento? Primero, que cualquier acción de alcance limitado es no sólo ineficaz; es también contraproducente. Aquí el segundo informe del Club de Roma coincide con el primero: la intuición y el sentido común ya no nos pueden auxiliar en la comprensión y manejo de la problemática mundial. La ponderación del largo plazo entraña una revolución epistemológica.

Segundo, el "nacionalismo miope" entraña graves peligros para la humanidad. Institucionaliza, por un lado, los egoísmos colectivos, y difunde, por otro, un clima de suspicacias mutuas. Esto desmantela cualquier régimen de cooperación internacional.

Tercero, la difusión del crecimiento orgánico es la única opción física y políticamente viable. Los contrastes internos e internacionales no pueden acentuarse indefinidamente; tarde o temprano provocarán rupturas explosivas.

Finalmente, no sólo se trata de modificar relaciones estructurales en el sistema internacional; también se precisa la transfiguración de los valores dominantes. La actual ética depredatoria debe ser sustituida por otra que anime el impulso cooperativo.

Esta visión de largo plazo de la coyuntura internacional remedia algunas de las flaquezas que mostrara el modelo Forrester-Meadows. El planteamiento sobre la regionalización y el "crecimiento orgánico", por ejemplo, permite hacer distinciones más precisas entre los límites físicos y los políticos del crecimiento. Habría zonas que aún tienen espacio, tiempo y oportunidad

para desarrollarse; otras deben contenerse. Este es un *arreglo político*, si bien urgido por la *insuficiencia física* que inevitablemente habrá de presentarse. También hicimos notar que las monografías sobre la expansión demográfica, la brecha-ingreso, y la crisis energética arrojan luz sobre estos problemas al par que validan las argumentaciones de los autores.

El segundo informe del Club de Roma presenta, sin embargo, algunas debilidades. Haremos hincapié en cinco de ellas, porque nos parecen sustantivas.

I. *La confusión entre interdependencia y dependencia.* Desde el punto de vista sistémico, se postula la interconexión e interpenetración de los fenómenos. Así, tensiones inflacionarias, la escasez de energía, o prácticas sexuales liberales tienden a transmitirse desde los núcleos dominantes a las periferias. Estas a su vez afectan el comportamiento de los primeros. Pero estas relaciones no son simétricas; presentan componentes de dominación y explotación que explican y sustentan la presente estratificación de naciones y grupos. En otras palabras, las desigualdades tienen hoy tal importancia que limitan el valor de una políticamente inocente visión sistémica.

Esta confusión puede tener resultados prácticos. Así como la exaltación desmesurada de "las dependencias" crea climas de irracionalidad y suspicacia, el acento unilateral en las interdependencias puede tener también efectos perniciosos: abrir el paso a soluciones que los poderosos de hoy consideran acertadas para todos y para los tiempos. Pestel-Mesarovic no han prestado atención explícita a esta posibilidad.

II. *Asignación global de recursos vs. nacionalismo en ascenso.* Ya hemos comentado que este informe censura severamente el nacionalismo de parroquia. Pero pierde de vista dos hechos. Por un lado, la triplicación de sistemas nacionales desde la posguerra, en un contexto de descolonización. El fenómeno entraña no sólo el fortalecimiento de los símbolos formales —y particularizantes— de la nacionalidad; genera también actitudes defensivas y agresivas en todo el sistema internacional. En otras palabras, el descubrimiento de los mecanismos de expoliación en un contexto de nacionalismos en ascenso implica la existencia —y la búsqueda— de "culpables" y de "víctimas" y la conclusión poco consoladora de que *todos* somos —desde o para algún punto de vista— víctimas y culpables.

Por otro lado, cabe señalar que el "nacionalismo miope" es un mecanismo de defensa, acaso el único que poseen algunas sociedades. Merece, por lo menos, comprensión.

Esta textura nacionalista que domina el mundo actual limita la legitimidad *política* —aunque conceptual y técnicamente pueda ser sensato— de un régimen global de asignación de recursos. Impuesto por los poderosos, será considerado un "complot neoimperalista", por los débiles; pedido por éstos, será visto por los primeros como una "rebelión de los descalzos", atentatoria de los valores materiales y culturales que atesoran los grandes centros industriales.

Por tanto, la insensibilidad por el largo plazo no es atributo exclusivo del "nacionalismo miope". Emanada del pre-

sente clima de confrontación que envuelve a los "buenos, a los malos, y a los feos..."

III. *El crecimiento orgánico no está libre de tensiones.* Es más, puede abrir brechas entre países, acaso distintas en alguna medida a las conocidas, pero no menos graves. Hay dos razones para pensar así. Una alude a los nexos que se han configurado en el marco de un sistema económico determinado (capitalista, socialista), en donde coexisten países con niveles y ritmos desiguales de desarrollo. Estos nexos se manifiestan, por ejemplo, por la vía del comercio, del financiamiento, y de la cultura, y algunos de ellos han sido positiva o negativamente afectados por la guerra fría. Ahora bien: el crecimiento orgánico significaría tal vez el debilitamiento de los estímulos externos que vienen recibiendo las economías periféricas (también reciben desestímulos), como resultado de la contención del crecimiento productivo en los centros industriales. Por otra parte, como se desenvolvería en una atmósfera duradera de *détente*, los móviles políticos de la asistencia internacional habrán de debilitarse. Desagregación de las periferias de los centros industriales, por un lado, y retraimiento de éstos en relación a aquéllas, por otro: un escenario que involucrará gravísimas tensiones y nuevos obstáculos al desarrollo.

En otro orden de ideas —pero suponiendo que la cooperación internacional continuara a pesar de la *détente*— el crecimiento orgánico supone mejoras sustanciales en la *calidad* de la vida —principalmente en los servicios— de los países avanzados, al tiempo que los marginados se debatirán en la *lucha*

por la vida, esto es, consecución acelerada del progreso material. ¿Esto no daría lugar a una civilización dual, cuyas deformaciones serán aún más severas que la conocida? Los autores callan sobre esta posibilidad.

IV. *El papel de la coerción.* Si se toma en serio la idea del crecimiento orgánico y de un régimen global de asignación de recursos, debe abordarse entonces la cuestión de la obligatoriedad de estos arreglos internacionales. Dicho más crudamente, ¿cómo se aplicará la coerción en un contexto internacional económicamente asimétrico, coloreado por nacionalismos exaltados, y ya muy cerca del empate militar? ¿Cómo se debe tratar a la "oposición", a las "resistencias"? ¿En dónde terminaría la persuasión y principiaría la amenaza?

Por otra parte, suponiendo que se consiguen decisiones "por mayoría", ¿no podrían significar éstas un compromiso en gran escala con el error... el último tal vez?

Pestel-Mesarovic muy poco dicen acerca de cómo se "negociaría" el crecimiento orgánico. Y precisamente es esta la cuestión que determina la aceptabilidad política del planteamiento.

V. *La transmutación de los valores.* La ausencia de un psicólogo social en el equipo de Pestel-Mesarovic se percibe claramente en la obra. Es obvio que la reformulación de las pautas de desarrollo habrá de implicar cambios en la esfera de los valores. Y también parece obvio que los sistemas actuales de programación de actitudes colectivas (la educación formal e informal) se quedan cortos en la empresa que debe acometerse —modificar la fisonomía del

mundo en un plazo de 50 años. Aunque hay ejemplos históricos de alteraciones rápidas de los valores colectivos (Turquía, Israel, Cuba), tienen limitada aplicación en escala internacional, donde no se pueden reproducir circunstancias históricas singulares. ¿Cuáles deberán ser, entonces, los nuevos métodos de reeducación acelerada? ¿Cibernéticos? ¿Químicos? ¿Biogénéticos? Y los costos humanos de estos métodos, ¿no darán al traste con la filosofía humanística

que parece normar el crecimiento orgánico?

Estas observaciones críticas no cancelan el valor y la utilidad del segundo informe del Club de Roma. Más bien ponen en perspectiva este planteamiento que posee méritos indudables, a los que se hizo referencia en la primera parte de esta reseña.

JOSEPH HODARA